

La guerra dentro de la paz

La guerra y la paz

SANTIAGO GAMBOA

Debate, Bogotá, 2016, 222 pp.

EN LA introducción de este libro, el autor nos dice que se atreve a contradecir a Rousseau: “(...) no, el hombre no nace bueno y la sociedad lo corrompe. Es al revés: el hombre es un ser violento y egoísta y la sociedad lo educa, lo incorpora a la civilización para que pueda convivir en paz con otros hombres” (p. 23). En el principio: el caos, el crimen, la violencia. La sociedad se constituye, si educa, a medida que se revierte la espiral de la violencia. En Colombia, en donde predominan una justicia y una ley de tiempo atrás con pies de barro, encarnadas en cantidad de magistrados, jueces, funcionarios, congresistas, contratistas y políticos venales; con un ejército que practica desapariciones forzadas y una policía que entra en continua connivencia con el delito, ante la quiebra de los antiguos códigos morales nada de esto resulta ser un aliciente para la cultura ciudadana, sino todo lo contrario. Ocurre que la violencia y la criminalidad persisten a la par que crecen la policía y el presupuesto del Ministerio de Defensa y las tasas de feminicidio y abuso de los niños.

Las negociaciones y acuerdos de paz entre el gobierno y las FARC son la preocupación principal del libro, que se refiere a esta coyuntura como a una segunda independencia. Sin embargo, más allá del desarme de las guerrillas, ¿qué se puede esperar como fruto de los acuerdos? ¿Cuál es la condición actual de los países centroamericanos donde hubo negociaciones y acuerdos que llevaron al desarme de las guerrillas y al cese de la guerra en la década de 1990? Gobiernos corruptos, concentración de la riqueza en manos de unos pocos, más desigualdad, bandidaje urbano y depredación territorial por parte de consorcios extranjeros; abusos de la policía y de las fuerzas armadas, racismo exacerbado por parte de los amos y servidumbre a las políticas del libre comercio implantadas por los Estados Unidos. En Colombia, más in-

equitativa aún, no se ve cómo pueden cambiar las cosas con un presupuesto para defensa que de “¡27 billones de pesos!” en 2013 (p. 207), ¡alcanza 31,6 billones de pesos en 2018 y aumenta en guerra como en paz!

“La política es el arte de la guerra en tiempos de paz” (p. 155). Guerra y paz, aunque imbricadas entre sí, vendrían alternadas y Gamboa no saca las consecuencias implicadas en esta declaración. Foucault había invertido ya la divisa de Clausewitz al decir que “la política es la continuación de la guerra por otros medios”. En sus clases del Collège de France, publicadas bajo el título *Defender la sociedad* (1976), el filósofo nos habla como al oído a los colombianos:

(...) las instituciones militares, directa o indirectamente, de algún modo, constituyen el núcleo de las instituciones políticas, mientras el poder político tiene el rol de inscribir perpetuamente, a través de una especie de guerra silenciosa, la relación de fuerzas en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, hasta en los cuerpos. (...) la guerra que se desarrolla bajo el orden y la paz, la guerra que socava nuestra sociedad y la divide en dos bandos es, en el fondo, la guerra de razas, y que se apoya en diferencias étnicas, diferencias de idiomas, diferencias de fuerza, vigor, energía y violencia; diferencias de salvajismo y barbarie; conquista y sojuzgamiento de una raza por otra (...). (pp. 29-30)

A propósito de cómo justifica la represión el primer ministro de Israel, el autor evoca a Hannah Arendt, quien hace una observación bien interesante: dice que cuando los medios militares utilizados no guardan proporción alguna con el fin político que persiguen, es porque los medios son el verdadero fin (p. 95). Y el verdadero fin, apenas lo sugiere Gamboa, ¡es el magnífico negocio que resultó ser la industria de guerra!, que ha captado a los Estados dóciles del tercer mundo y al Estado colombiano en particular, servil a los dictados del Norte, respice polum, de modo que los generales *disuaden* a los gobiernos que *contemplan* aquellos con un jugoso presupuesto para ponerse al día con equipo sofisticado, ¡que alcance para enviar contingentes

a las guerras que se hacen allende el mar para traer la paz!

A la hora de dar un diagnóstico sobre el asunto de la guerra y la paz en Colombia, cuestión central del libro, menudean los lugares comunes. A falta de ideas nuevas, quedan el idealismo, las buenas intenciones, que se confían a los poderes aparentes, a la *oligarquía*:

Por eso esta paz que está a punto de nacer deberá traer el convencimiento definitivo de que el país no puede seguir siendo el mismo, y por eso convendría también que las élites que lo han dirigido tomen nota y actúen en consecuencia. Supongo que ya se habrán dado cuenta de que vivirían mucho mejor y con más comodidad sin un soldado en cada curva, sin casas enrejadas (...). (p. 213)

Los árboles impiden ver el bosque. Hablar así a las “élites”, a los “muy ricos”, es como arar en el mar, algo ingenuo, creer que los oligarcas tienen, no digamos voluntad, que por supuesto no la tienen, sino poder para cambiar las cosas a favor de grandes mayorías, que son minorías desamparadas. En Colombia, ¿cuándo no se ha gobernado desde la impotencia? La cuestión es, no tanto quiénes mandan, sino: ¿cuáles son las fuerzas que mandan de veras en Colombia?, ¿de qué manera las políticas económicas y militares de los gobiernos de Estados Unidos constituyen un importante factor desestabilizante en Colombia?

Se invoca una segunda independencia, como si hubiera habido una primera, como si se hubiera dado una genuina transformación de las viejas estructuras coloniales heredadas de España: “La construcción de la paz tendrá que vivirse como una segunda independencia, pues el país ya no estará dividido entre la realidad y el deseo” (p. 220). El idealismo que le inspira al autor la llamada primera independencia alcanza para esta presunta segunda independencia, cuando lo que heredaron los criollos fue un convento en armas, en manos de gente sin idea alguna de cómo gobernar, de modo que la revolución de Independencia fue un fracaso. Apenas un cambio formal, cambiaba de manos el gobierno, cambiaba de nombre el país y se mantenía vigente una especie

ENSAYO		RESEÑAS
<p>de guerra de razas a la sombra de la ley del déspota rapaz, racista y esclavista de Colón, y la prueba es que se cambió el nombre de Nueva Granada por el de <i>Colombia</i>, en honor y memoria de aquel, justo luego de la Independencia. Leemos que</p> <p>El país vivió su épica fundacional bajo la forma de la guerra de la independencia hace apenas doscientos años, glorificando a la casta guerrera (...) el que luchó entre el barro y clavó o recibió en su pecho la bayoneta fue solo un peón anónimo y olvidado. (...) En Colombia fue el campesino, el indio. Cuando se abrió el cofre del botín nadie se acordó de él. No le tocó nada. A duras penas regresó a su parcela, aunque a veces a seguir trabajando en ella para otro dueño. (p. 197)</p> <p>¿Épica fundacional? Arriba, cambiaron los dueños; abajo, los mismos con las mismas.</p> <p>Se sobrevalora al héroe antiguo y la guerra, con la idea de que los países se sirven de esta para fundar y consolidar una identidad. Pero las guerras se han hecho ante todo para conquistar, para robar, para imponer la muerte, aunque estos objetivos resulten inconfesables; después, no siempre, viene lo de “forjar la identidad de un pueblo, ponerlo en relación con un territorio y subrayar su diferencia con los demás” (p. 38). Que gracias a la guerra hubo inventos y progreso en medicina, ciencias sociales, filosofía y desarrollo de las artes, cierto, porque no hay mal que por bien no venga. Y agrega: “Pero no todas las guerras son iguales. La experiencia demuestra que muchas de estas son ya obsoletas y completamente inútiles (...)” (p. 13). Estas, las guerras inútiles, dice el autor, se convierten en enfermedades crónicas y son las peores. Y que no hay que ser muy perspicaz “para comprobar que hace ya mucho tiempo que el conflicto colombiano pertenece al malhadado grupo de las guerras inútiles (...)”. (p. 14)</p> <p>¿Guerras útiles y guerras inútiles, guerras justas —el autor llega a citar a Kant— y guerras injustas? No hay guerra justa, no hay guerra útil, salvo para quienes se benefician directamente de ella, como los vendedores de armas; no importa que, a posteriori, se haya sacado provecho de las gue-</p>	<p>rras, ¡los antibióticos tras la Segunda Guerra Mundial!, porque lo que no mata engorda. Todas las guerras son criminales.</p> <p>Poco se salva en este libro de un autor sensible al tema de la guerra, antiguo reportero de guerra. El mismo que describe, en dos capítulos, su paso por Sarajevo y por Argel, pero cuya exploración no alcanza los lugares donde se asientan los verdaderos poderes. Pliega a una representación convencional apegada a una visión local, ensimismada, sin tener en cuenta el contexto global del problema de la guerra en Colombia.</p> <p style="text-align: right;">Rodrigo Pérez G.</p>	